

FAROL

Revista electrónica de arte y literatura
N. 3 - Diciembre 2014 *Especial de Fanfics (y similares)



Revista Farol de Arte y Literatura

Número 3, diciembre 2014

(Versión electrónica)

Director: Ricardo García

Monterrey, NL

Medios de contacto:

farolrevista@gmail.com

facebook.com/farolrevista

www.farol.ml

Los textos e imágenes aquí publicados
son propiedad intelectual de sus
respective autores.

Todo lo demás está bajo una licencia
Creative Commons Atribución-
NoComercial- SinDerivar 4.0.



Índice

Editorial	2
Helado	3
Gerardo Licón	
Edad	9
Mel	
El banquete o de la posibilidad de otros amores	17
Ricardo García	
1939-11-14 A.R. a V.O.	23
Ana María Luna	

Editorial

Una vez más —la tercera— les traemos esta colección de textos, colección de lecturas, mundos que acaso reconozcan de otros pasatiempos, cuentillos que alguna vez hayan leído o referencias a “medios audiovisuales modernos”: acompañar a superhéroes adolescentes en sus más titanescas batallas internas, dialogar sobre el amor con el estratega-anti-sofismas-de-hombros anchos más famoso, o leer —casualmente y sin malicia— sobre la vida amorosa de un Escritor Enorme (sic).

Cualquier parecido con una infracción a los derechos de... ¿Dios? es, por motivos legales, incidental y no sistémico. ¿Qué nos queda? El mundo en su totalidad, del cual hemos decidido compartirles una fracción, un fragmento. Si nuestro tercer número está dedicado al fanfic, es porque aún no hemos renunciado a la búsqueda de lo que hace a los mitos, al amor y a la palabra.

Para eso los seguimos invitando a nuestra mesa de diálogo y taller, de lectura y escritura; y seguir compartiendo esta revistilla que es de ustedes, por ustedes y para ustedes. Ah, y también es nuestra.

Atte. Farol

Helado

Gerardo Licón

3

—Y para mí un helado monster de chocolate, con cerezas, jarabe por encima y una ración extra de galletas.— Y ahí estaban, Flash y Kid Flash, gastando una fortuna en la heladería. La dupla velocista nunca se restringía en cuanto a helados gigantes se refería. Barry Allen, el hombre más veloz del mundo, pagó la cuenta y ambos se sentaron en una mesa hasta el fondo. Wally West se veía ansioso, con una necesidad aparente de hablar antes de que su garganta estallara en vómito verbal. Pero estaba con su tío, su principal confidente y voz de la razón en momentos cruciales. Siempre tan relajado, comprensivo, sereno y además era un miembro de la liga de la justicia. Estaba seguro que todo mundo lo envidiaría si supieran tan sólo la mitad sobre su tío pues en esta ocasión no estaba salvando al mundo, estaba comprando un helado para tratar de salvarlo a él.

—Y bien, pequeño amiguito, ¿qué tenemos por aquí el día de hoy?

—Nada, comandante.

—¿Entonces por qué me mandaste llamar?— Wally se sonrojó y se encogió de hombros.

— ¿Qué acaso uno no puede pasar tiempo de calidad con su tío favorito?

—Buen intento, Rayito. Ahora dime ¿qué es lo que pasa?— Otra vez el sonrojo prominente en sus mejillas. La atmósfera no ayudaba mucho pues la heladería estaba llena de adolescentes como él, y un lugar lleno de adolescentes sólo puede traducirse en una palabra: parejas. Había entonces besos por doquier, abrazos, muestras de cariño y una canción de blink-182 de fondo. De pronto hablar del tema parecía más fácil por teléfono.

4

—Bien... es que, creo que me gusta alguien.— El chico se puso rojo hasta las orejas y se apachurró en la silla. Gracias a la camarera que trajo los helados se rompió la tensión. Sin reparo ambos velocistas comenzaron a comer sin dejar de lado su plática.

—Ese nunca había sido un problema para ti. Digo, habías jurado convertirte en todo un mujeriego ¿o me equivoco? Además, combatimos villanos todos los días, pedir una cita es una misión nivel A.

—Tío Barry, esto es diferente y no creo que puedas llegar a entenderlo.— Barry le dio otro cucharazo al helado y se limpió la boca.

—Ah, ya entendí. El gran e indestructible Wally West está enamorado.— Otra vez el sonrojo, idéntico al anterior. Trató de ocultar su cara detrás de su helado gigante, pero no funcionó.

—Tío Barry, ¿quisieras ser más serio?— Flash lo entendió al instante, aunque para él era de lo más cómico. Sabía que para su sobrino adolescente era una carga más grande que se adhería a su gran lista de preocupaciones: corte de cabello, buena ropa, luchar contra el acné, parecer cool, tener un buen cuerpo y ahora un enamoramiento en fase avanzada por lo que podía ver, sin contar sus obligaciones con la Liga de la Justicia. Después de todo Wally West era Kid Flash.

5

—¿Y ya le dijiste algo?— Wally pareció bajar la guarda y sonrió, mostrando al muchacho enamorado que en realidad era. Hasta se veía tierno.

—No es tan fácil.

—Claro que sí, es una invitación a salir, a comer, al cine... no una proposición de matrimonio.—Wally suspiró.

—No creo que sea tan fácil. Casi no nos vemos.

—Entonces debo asumir que es de tu equipo.

—Sí, algo así.— Barry volvió a sonreír y estudió ligeramente a Wally; lo vio y dejó escapar un ligero

suspiro.

—Descuida, estoy seguro que Robin también está interesado en ti.— Kid Flash se atragantó con el helado que tenía en la boca y comenzó a luchar para no ahogarse con el bocado que tenía en la garganta. Había sido descubierta.

—Tío Barry, ¿de qué hablas? No sé a qué te refieres.— El color de su cara alcanzó una nueva tonalidad de rojo. Rojo West. Barry dejó escapar una risa discreta.

—Entonces estoy en lo correcto. Wally, era obvio. En primera, siempre pides estar con él, se ven cada viernes para ver películas y aún no te perdono que me hayas cambiado por él cuando los viernes de películas eran de tío-sobrino. Cuando te enojas con él siempre llegas cabizbajo y tu rendimiento en las misiones es... cuestionable. Y ahora me citas en privado para hablarme de que te gusta alguien cuando ese tipo de problemas los arreglas en un instante.— Wally lo miró aterrado y sus ojos vidriosos delataron sus aparentes ganas de llorar.

—Tío Barry, no sé qué me pasa.

—Tranquilízate, estarás bien. Además creo que Robin y tú hacen una bonita pareja.

—Pero los dos somos hombres.

—¿Y?, yo no tengo problema con eso. Digo, a ti te gusta y lo más probable es que tú a él también. Anda, ve y lávate la cara mientras pido otro helado gigante.— Wally se levantó no sin antes darle un abrazo a su tío

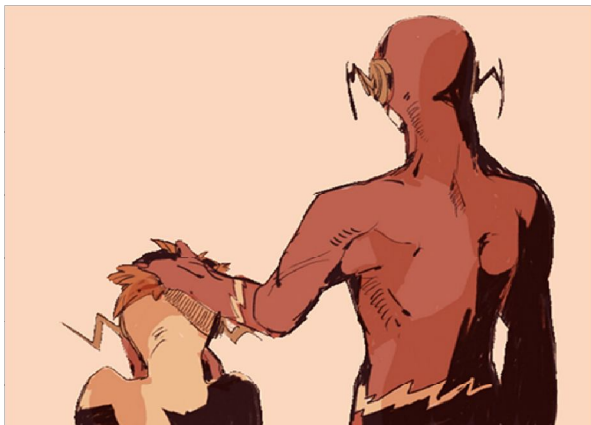
—Gracias tío Barry.

—Ahora lo que sigue: no trates de abrumar al chico, trata de frecuentarlo más y ¡bam! Lo atacas.

—Sí, eso haré.— Wally se dirigió al baño para lavarse la cara. Barry sacó su celular y marcó.

—¿Batsy?, me debes 20 dólares.

7



Gerardo Licón

Estudiante de letras de 22 años. Lector, guitarrista, bajista, pianista, cantante, nadador, detective y superhéroe encubierto. Vocalista en sus ratos libres y estudiante de tiempo completo. Devorador de comics y de videojuegos. Ha escrito varios fics y ha colaborado antes con la revista *Farol*.

Edad

Mel

9

Mientras corría por la acera y apretaba entre sus dedos uno de los señalamientos metálicos tantas veces repuestos, Shizuo echó casi todo el aire que le quedaba en los pulmones, golpeó el asfalto en un paso común y se sintió, por primera vez en su vida, realmente cansado. Sí, estaba cansado, y aunque darse cuenta le había tomado quizá menos que algunos segundos, fueron los suficientes para que Izaya, es decir, la razón por la que estaba corriendo, desapareciera en la siguiente esquina luego de perderse entre la multitud. Lanzó una mirada atenta para encontrarlo, trató de ubicar sus rutas comunes para seguirlo, luego, como si hubiera despertado de un letargo, lo notó: Ikebukuro era otro. No se trataba únicamente de los cambios pequeños y graduales como edificios, anuncios y tiendas nuevas. No, la ciudad que había destrozado tantas veces y por la que había corrido en su uniforme azul hacía mucho tiempo, desde su primera persecución en la preparatoria, era completamente distinta. Y supo, a plena consciencia, que habían pasado muchos años.

Soltó la señal de tránsito y el tintineo metálico que

produjo atraído las miradas de los transeúntes a su alrededor. Sin embargo, no tuvo tiempo de notarlo, era como si en unos instantes, por accidente, los años le hubieran cobrado la cuenta de su olvido, y se miró a sí mismo viejo e incapaz de seguir corriendo. Entonces, después de haber caminado unas pocas cuadras, escuchó una respiración cansada proveniente de una calle angosta a su derecha, volteó casi por instinto y ahí estaba él. No había corrido tanto como esperaba, su figura delgada se hallaba recargada contra la pared, tenía el rostro alzado pero los ojos cerrados y lanzaba volutas de vaho cada vez que exhalaba con fuerza.

No hizo ruido alguno, se tensó como un predador y permaneció contemplándolo en silencio como si temiera descomponer aquella escena, como si el más leve sonido que pudiera emitir fuera capaz de perturbar la calma de aquel cuerpo que ya se encontraba sofocado por los ruidos de la ciudad. La verdad era que no se había detenido a observar con atención a Izaya en mucho tiempo, sus coincidencias tenían la particularidad de durar escasos segundos antes de que se desatara el caos y lo único visible del rostro del enemigo fueran manchas borradas por la velocidad de la persecución. Pero ahora que lo miraba detenidamente, casi en secreto, podía notar que su piel había perdido la apariencia de la porcelana: estaba surcada de rayitas tenues que no hacían más que profundizarse con los leves movimientos de su rostro, los rasgos se le habían endurecido y tenía las sienes veteadas de un plateado

que parecía nevarse de algún cielo desconocido. Trató de sorprender algo de aquellos “eternos veintiuno”, pero habían desaparecido, de ellos sólo quedaba un recuerdo que, a pesar de todo, era nostálgico. Salió de sus pensamientos y se cruzó con otros ojos: Izaya lo había descubierto, y, como si hubiera sintonizado el mismo silencio, permaneció quieto, también mirando.

11

—¿Este es el fin, Shizu-chan? ¿Todo termina aquí?— aquel hombre le sonrió y Shizuo pensó que, después de todo, había conservado esa maldita sonrisa. Luego no supo qué clase de preguntas eran esas, reproches o burlas. Izaya quizá había estado esperando por un desenlace dramático, con ambos o por lo menos uno de ellos en el suelo, manando sangre negra de puro rencor y coraje, con el cuerpo desfigurado, desmembrado, destruido en jirones de carne despellejada; si debía ser franco consigo mismo, Shizuo también había estado esperando lo mismo. Pero también podría ser que no fuera algo tan simple como una decepción, Izaya seguramente se estaba burlando de él, como siempre, porque había logrado robarle a su enemigo lo único que tenía, se había llevado toda su vida: se había convertido en un tema recurrente, un pensamiento constante, el contenedor de sus emociones más fuertes por negativas que fueran. Izaya aparecía en su mente ligado a todo. Entonces sintió que las entrañas se le apretaban, las articulaciones de sus dedos agarrotados en un puño parecían a punto de saltar, sus dientes rechinaron, y sintió cada gota de su sangre calentándole el cuerpo.

Pero estaba cansado, muy cansado. Estaba cansado y se dio media vuelta sin decir una palabra para volver a casa ante la mirada de su enemigo que, todavía quieto, le observó desaparecer en la distancia.

Cuando volvió a casa, se vio en el espejo sólo para recordar que él también era diferente, su cabello también tenía esas vetas blancas que el peróxido ya no podía arreglar; su piel, los dedos con los que se tocaba el rostro, nada era lo mismo. Lo invadió una incertidumbre que le caló hondo ¿hacía cuánto tiempo Izaya había notado que ya eran demasiado viejos para sus juegos?

Al día siguiente, por la tarde y justo después de terminar su trabajo, Shizuo llegó nuevamente a aquella callecita oscura y, al otro lado, contrastando con el paisaje urbano que se había pintado de naranja por el sol, sus ojos vieron esa silueta conocida, y el mundo que giraba bullicioso a su alrededor desapareció. Esta vez caminó hacia él, lento y anunciándose con el ruido de sus suelas, se sentó a su lado en la banqueta, pero ni siquiera eso logró inmutarlo. Ahí, a menos de dos metros de él, se encontraba el sujeto al que le había jurado odio eterno e incondicional. *En la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.* De la única cosa que había estado completamente seguro desde el día en que se conocieron, cuando por primera vez habían tratado de matarse, era que lo odiaba. Desde el fondo de su ser hasta la punta de sus uñas y bastaba con verlo para comenzar a dudar si lo que le recorría

las venas era sangre o purulencia. Aquello era tanto que había aprendido a identificar las partes más sensibles de su cuerpo para torturarlas lentas y a golpes; tanto que sentía su presencia cambiar el aire de la ciudad, y lo reconocía por su aroma y su risa. Ahora sólo podía preguntarse si había sido de puro odio el pacto que había sellado aquel día. Porque, de todo aquello que no le permitía emitir una palabra, de todo aquello que sujetaba su mirada al suelo y opacaba el barullo de la urbe, de todo eso que le había mantenido en una isla en el tiempo y le había hecho sentirse con las ganas de correr por las calles ¿cuánto seguía siendo odio? Era extraño haber resuelto que la calidez de aquel silencio era tan simple.

13

—Si te paras ahí, dentro de, mh... un par de minutos, más o menos, llegará un camión repartidor a arrollarte.— La voz de Izaya se había estrellado contra el silencio, y entonces Shizuo volvió a escuchar los murmullos del tráfico y los pasos de la multitud que caminaba a su alrededor.

— ¿De qué demonios...?— *¿Todavía?* Shizuo miró a su alrededor con atención, y aunque era cierto que, como todo, el lugar había cambiado, supo dónde estaba sentado, y también supo que, muchos años atrás, invadido por el coraje y con una herida de navaja en el pecho, jamás hubiera estado ni siquiera cerca de adivinar su futuro. *Oh sí, esta es la calle.*

—¿Has madurado Shizu-chan? ¿O ya te diste cuenta de que, si el camión te arrolla en esta ocasión, seguro te rompes algo?

—Cállate de una vez, sigues comportándote como una niña ¿Sabes cuántos años tienes?—la suya, era una pregunta con una repuesta dolorosa que no quería oír. Pero posó su mirada en Izaya, como no lo había hecho antes. No quería oír la respuesta porque la realidad visible era ya suficiente.

—¿Justo ahora?— los ojos de Izaya se dirigieron a los de su contrario, que permanecía estático— Yo diría que unos veintitrés.

Ah... Silencio. Shizuo trató de apartar la mirada, pero era imposible. Se siente como que compartimos esta isla en el tiempo. Respiró tranquilo y pudo haber jurado que la sonrisa burlona y permanente en los labios del otro, por unos instantes se había vuelto un gesto de comprensión y quizá otra cosa. Hoy no podríamos tener más que veintitrés. Volvió a preguntarse cuánto de todo aquello era odio, pero la respuesta ya no era necesaria, lo único que realmente importaba saber con urgencia era cómo iban a verse de aquel día en adelante, cómo iban a hacer para encontrarse todos los días y compartir el silencio y las palabras que tendrían que aprender a decir. Se exasperó pensando en una forma de emitir su mensaje: estaría esperándole al siguiente día en algún lugar de la ciudad, que por favor no fuera a faltar; pero

no encontraba las palabras. Y sin embargo, algo muy dentro de sí le dijo que aquel acuerdo tácito ya había sido pactado, y el hombre a su lado también lo había entendido. Al día siguiente, se encontrarían en algún lugar de Ikebukuro. Lo supieron con la misma certeza que sólo habían sentido ese día en el que comenzaron a perseguirse sabiendo que jamás se detendrían. Estaba cansado de correr tras él, pero no de verlo. En aquella calle, con la luz del crepúsculo, tenía otra vez el pecho abierto de un tajo, con sus sentidos concentrados en Izaya, ya no como el cazador, sino como el comensal dispuesto a paladear y sentir lo que no había descubierto luego de décadas.

15

—Si alguien me hubiera dicho que iba a terminar de esta forma...

—Cuando dices “esta forma” ¿te refieres a tu evolución en esta subespecie de pasa malhumorada? —rió porque eso era lo natural y nada iba a cambiarlo. Era un alivio.

—Hablo de envejecer a tu lado, maldito parásito.

—Ah, ¡eres del tipo romántico! —otra carcajada— Eso suena como el cumplimiento de una promesa de amor, Shizu-chan.

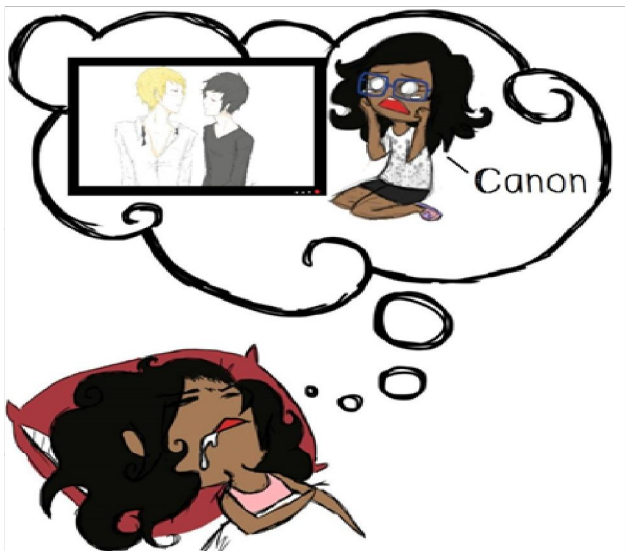


Imagen de la autora

Mel: dícese de aquella estudiante de Letras, dibujante amateur, otaku, fujoshi, admiradora secreta de Manwë y eminente alcaldesa en Animal Crossing.

<https://www.fanfiction.net/u/4932628/Misia-Maria-Andreza>

<http://laserpienteemplumada.deviantart.com>

<http://passerdom.tumblr.com>

El banquete o de la posibilidad de otros amores

Ricardo García

—¡Apolodoro, Apolodoro! —escuché acercándose una voz con el timbre y el temple de un joven viril en edad de tomar las armas para servir a la polis.— Qué agradable casualidad verte a estas alturas del camino a Pireás. Veo que has decidido madrugar para ahorrarte las molestias de una plaza y calles llenas.

17

Mas no era hombre de armas sino de letras, o al menos aspirante a ello como estudiante y hermano del conocimiento que era, aprendiz de filósofos.

—Admito, joven Laertes, que es, como dices, casualidad agradable el encontrarnos esta mañana aunque no estoy, en realidad, de camino a ninguna plaza ni tengo el espíritu para soportar tales multitudes que en efecto las caracterizan. Estaba dando un pequeño pase matutino que debería de auxiliarme en mi ponderación sobre un tema espiritual que no me ha dejado descansar estos últimos días. Pero dime, muchacho, ¿a qué se debe tu andar por estos rumbos tan temprano?

—En realidad, señor, me dirigía a su casa porque un

cierto amigo de Fénix, hijo de Filipo, mencionó alguna vez que usted había asistido al simposio de Agatón para celebrar su victoria en las dionisiacas, al cual también asistió Sócrates y otros sabios, y que el coloquio versó sobre el amor... Y bueno.

—No digas más, joven Laertes, que ya he escuchado de parte de algunos vecinos que te gusta practicar el arpa y recitar canciones ingenuas junto al arroyo bajo que se encuentra detrás de las huertas de tu padre. Pero no temas mi censura, que yo también fui joven y conozco tu dolencia.

—¿Entonces me referirá lo que el maestro expuso esa noche? Yo podría acompañarlo a su casa, maestro, y en el camino me podría narrar el hecho a detalle, ya que falta una buena distancia por recorrer.

18

—Ah, Laertes, mi Laertes. Recomiendo que desgarres ese velo fino velo azul de tu cara que no te deja distinguir lo justo de lo impropio. Dedícate a tus estudios, ve a la guerra si tienes oportunidad, al menos por una temporada. Pídeselo a Apolo. O, bueno, si no me escuchas entonces al contrario, ruega que jamás se desamarre el listón que lo sostiene y por el contrario se refuerce, pero no es a Apolo a quien hay que rogarle. Tú mismo puedes hacer algo dejando de inquirir por el maestro Sócrates, pues así como en los gimnasios se ejercita el hombre desnudo de toda vestimenta, en presencia de Sócrates no puedes llevar prenda alguna

sobre tus ojos ni oídos.

—Entiendo...

19

—Aunque... Mantén esto en secreto, júralo por Eros, por Dionisio y por Zeus, si crees en ellos. Te hablaré de algo que no me atrevería a repetir en frente de otro, mucho menos de Sócrates. Esto jamás debe de ser plasmado en pergamino o papiro alguno. Ven, escucha con atención. Mis reflexiones parten de un mito que escuché de parte de una vieja partera que conocí por azar en mi viaje a Edesa. ¿Un Mito? ¡La comedia de uno! Había escuchado muchas versiones del mismo... pero para respetar el orden del discurso, primero hablemos del simposio. No referiré toda la noche en cuestión sino sólo la parte que nos interesa, aclarando que yo personalmente no estuve ahí, pues éste ocurrió hace ya muchos años, y fue justamente un conocido de Fénix, llamado Aristodemo, quien me refirió los detalles, los cuales no he terminado de creer porque él, a su vez, los escuchó de un tal Simónides de Tegea. Sea como sea, cada uno de los presentes al banquete tomaba turno para hablar y ahora le tocaba a Alcibíades, quien había llegado sin invitación, trastabillando. Para esto ya a los esclavos se les había retirado de la sala y tan sólo habían dejado las ánforas de vino, se habían llevado la carne y el pan. Alcibíades, visiblemente alterado por el sueño de la vigilia que produce el alcohol dulce, refería con lágrimas cómo Sócrates lo había rechazado por enésima vez. Dijo así:

“Sócrates, oh, Sócrates. Esta mesa que nos divide partiría en dos con mis propias manos tan solo para reducir la distancia entre tú y yo, si no hubiera prometido a nuestro anfitrión no volver a causar desastres en su propiedad. Uniría troyanos con aqueos, Atenas con Esparta, o a dos lados opuestos de una esfera sin que ésta dejara de ser esfera para estar más junto a ti, ¿recuerdas? Eso te dije al oído aquella noche cuando, después de practicar gimnasia juntos te invité a mi casa y bebimos y hablamos de política y moral, pues sé que esos temas te apasionan, pero ni así caíste ante mis encantos. No te mareaste por el vino ni te inmutaste por ver el espectáculo que hice que mis dos esclavos practicasen frente a nosotros esa noche. No. Te fuiste a dormir y te ofrecí mi cama, pero preferiste el suelo frío para no molestarme. Yo entonces, en la madrugada, me acerqué a tu cuerpo y lo abracé con fuerza. Tú estabas despierto pero no estabas ahí. ¿En quién pensabas, por Zeus? ¿En tu primera pareja, acaso yo no era lo suficientemente mancebo o tal vez demasiado maduro para parecerme a él? ¡No! Me veías como a un hermano y yo a ti como a mi padre, y no pude evitar salir de tu lecho en la mañana como un niño: despeinado, somnoliento y con la sal en la cara por haber llorado toda la noche entera. Y es como dice Aristófanes: si no podemos siquiera unir los cuerpos femenino y masculino en uno solo como en antaño, ¿qué esperanza tenemos dos hombres, por más a hermosos, virtuosos y valientes que fuéramos, por más dignos que pareciéramos ser? Pareciera que sólo el intelecto puede unirnos, lo haz dicho mil veces. Los mitos condenan, oh

padre, pero algún día no será así jamás...”

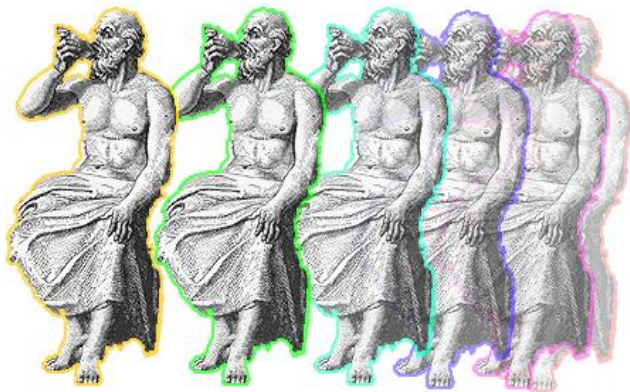
Y la sala entera calló por más tiempo del que a cualquiera le hubiera gustado. Sócrates bebió de su copa, severo, y tiró el resto al suelo, en un gesto que jamás habría imaginado de su parte, y es aquí donde comienzo a descreer la versión de Aristodemo. Sócrates dijo, exhalando todo el aire de su estómago:

“¡Pues entonces habrá otro mito, creado por desmemoriados como tú, y los condenará a no poder unir hombre con hombre, mujer con mujer u hombre con bestia, pero habrá un mito! Habrá porque es necesario que lo haya, para sopesar la imperfección natural.”

21

—Pero está el intelecto...

—Así es, mi joven Laertes, algo así habría dicho el verdadero Sócrates. En fin, ahora que te conté el contexto puedo mencionarte el mito que me contó la partera y del cual he desprendido las consecuencias increíbles que te mencioné. Éste empezaba más o menos así:



Ricardo García

Próximamente abriremos la biblioteca “Autor colectivo” en Escobedo, NL, y estarán todos invitados. Mientras tanto sigo buscando y catalogando libros, improvisando fics y manufacturando *farolitos* ©.

1939-11-14 A.R. a V.O.

[Cd. de] México, D[istrito] F[ederal], a 14 de noviembre de 1939

Mi querida señorita de la O¹

23

Perdone si esta precipitada carta, confeccionada en la mayor ansiedad y zozobra, le sugiere más de un contratiempo: estoy bien.

He despertado esta mañana con un dolor profundo en el pecho y con necesidad de aire. Al mirar por la ventana, adiviné (¿o soñé?) alguna refriega como las que ya tantas veces he presenciado; mi inconsciente —ese juguetillo de Freud— me ha hecho pensar en usted. Manuelita duerme como una santa. ¿Le cuento mis sueños de esta noche?

Andaba por su Pampa bendita y a lo lejos veía unas cordilleras. Bajo un árbol no más alto que yo, y de levita, un hombre tocaba la flauta. Me acerqué con cautela y saludé: —Es un día muy caluroso para andar por ahí—

¹Referencia a la obra de Heinrich von Kleist, *La marquesa de O...*, y apelativo para Victoria Ocampo. Véase Índice onomástico.

su levita era de alpaca, por supuesto.

—Mi nombre es Inca Garcilaso —respondió él. (¿Sabe usted, mi querida, cuánto disfruté de las obras del príncipe de las letras mestizas allá en las tardes soleadas de Monterrey bajo el techo de mi padre?) Sin embargo, sus ojos algo toledanos, como queriendo volver a la fortuna, me hacían apostar por su homónimo Garcilaso, pues parecía que *ya de la patria, ya del bien era apartado*²—. Y estoy aquí, bajo este árbol que casi es, llorando porque he de alejarme para siempre de mi querida Perú.

Su propia noche triste, pensé, y le dije: —Usted se exilió a España después de la muerte de su padre, tal como yo. Somos más que hermanos de letras y de mestizaje.

24

—Usted me conoce.

Y ahí fue que el entendimiento nos cruzó. Éramos dos refugiados en tierra extranjera, todavía extraños en la propia.

—Leí sus *Comentarios reales* cuando tenía diecisiete, pero un par de erratas desafortunadas hicieron a nuestros antepasados andar en cuernos y vivir como sabandijas³. Los impresores, que eran de mi pueblo, no conciliaron el sueño en dos semanas.

²Se refiere al verso 19 de la Égloga III de Garcilaso de la Vega (cfr. etc.)

³La edición original de la obra mencionada por A.R. Inca Garcilaso de la Vega: *Primera parte de los Comentarios Reales*. Lisboa, 1609. La edición con las erratas no fue posible consultarla.

—Las erratas no me quitan el sueño, pero una vez, declamando, solté un ¡ay!, y perdí el interés por hablar en público.

—Ciertamente.

Y nos vi partir a bordo de un trasatlántico que casi nos hace naufragar.

Ahora despierto, el aire fresco sólo me ha hecho bien cuando lo he combinado con una fuerte infusión aromática a buena temperatura —¿le llegan a usted aún resabios de una fragancia de hojas de té?

25

¡Ah, pero si he sido distraído! Mis andanzas y simplezas me han entretenido de extenderle mis saludos: ¿cómo está usted? Me alegraría poder verla de nuevo uno de estos días. ¿Vendrá alguna vez a México? Recuerde que sigo esperando mis ejemplares de *Sur*.

Me despido de usted porque ya ni la pluma me alcanza para asir su recuerdo entre tanto ensueño de tiempos pasados y viajes. Acaso solo baste el dulce sueño de la almohada.

Hasta luego mi señorita de la Pampa, mi marquesa de O.

Tu flor azteca



Ana María Luna

Nació en Monterrey, N.L. en junio de 1993. Es estudiante de Letras Mexicanas en la UANL. En un arranque de espíritu filológico, en los anaqueles del Archivo Municipal, se encontró con esta carta de Alfonso Reyes para Victoria Ocampo, la que ahora transcribe para el público lector de Farol. Esperamos el aparato crítico en el próximo número.

¡Ejem..!
Pluvioso, irritado contra la ciudad entera,
Vierte, de su urna, en olas un espantoso frío
A los pálidos huéspedes del cementerio próximo,
Y reparte la muerte en los... brumosos barrios
y...



**♪...que me espera por las noches
encendida ¡pero sola! ♪**